

lir de la posición desagraciada en que se encuentra por su notable atraso en las ciencias naturales. Hoy todo nos lo tienen quedar, hecho y acabado, los sabios extranjeros. En Zoología son actualmente los naturalistas neoyorquinos los que escudriñan las riquezas naturales de Colombia.

Ya veremos qué suerte correrá la Botánica.

JOAQUÍN ANTONIO URIBE

Medellín, 20 de Julio de 1920.

---

## EN EL DÍA DE LA RAZA

---

### DISCURSO

**pronunciado por el Dr. Jesús Antonio Hoyos en la sesión solemne de la Academia Antioqueña de Historia, celebrada el 12 de Octubre, con motivo de la Fiesta de la Raza.**

Sr. Gobernador, Sr. Ministro de Chile, Sr. Ministro de Agricultura y Comercio, Sres. Académicos, señoras y señores:

El disparo de lombarda dado en "La Pinta" al amanecer del día 12 de Octubre de 1492, no sólo anunció a los compañeros de Colón que tenían tierra delante, sino también a la noble patria de Viriato y de Pelayo, que empezaba para ella una nueva éra de gloria, de pujanza y de grandeza.

Tras el insigne Almirante aparece una legión de Conquistadores tesonudos y esforzados que recorren la América desde La Florida hasta el Cabo de Hornos; fundan ciudades; dominan a los indígenas y realizan en menos de cincuenta años lo que para razas de menos valentía y arrojo hubiera sido empresa de varios siglos.

Hernán Cortés desembarca en Méjico y somete la orgullosa nación de los Aztecas; Balboa descubre el Mar del Sur; Heredia, Jiménez de Que-

sada, Belalcázar y sus Tenientes cruzan nuestro territorio y echan las bases de nuestras más importantes ciudades; Pizarro llega al Imperio de los Incas, vence a Huáscar y a Atahualpa, visita en el Cuzco el espléndido templo del Sol y funda a Lima en el mismo año en que Sancho García a orillas del anchuroso Plata levanta las primeras chozas de Santa María de Buenos Aires. En 1541, al mismo tiempo que el Mariscal Robledo establecía los primeros pobladores en la noble y legendaria ciudad que riega el Tonusco, Pedro de Valdivia fundaba a Santiago de Chile.

Las hazañas, esfuerzos y sacrificios de los Conquistadores, sus luchas titánicas contra una naturaleza inclemente y bravía, sus proezas contra tribus salvajes, muchas de ellas batalladoras y aguerridas, merecerían ser cantadas por un moderno Homero.

Con los Conquistadores, en veces endurecidos y crueles, vinieron también los Misioneros, los Conquistadores pacíficos cuya benéfica influencia, al decir del mismo Prescott, se hizo sentir desde el principio hasta el fin de la Conquista Española. Ellos predicaron a los naturales la buena nueva del Evangelio, los defendieron contra los desmanes y atropellos de los Conquistadores, sostuvieron sus derechos en la Corte hasta obtener en favor de los indígenas una legislación protectora, fundaron para ellos iglesias, escuelas y hospitales.

Las Casas, el Padre Angulo, Luis Beltrán, Pedro Claver, para no citar sino a los principales de los que se santificaron en nuestro suelo, dedicaron su vida al servicio y defensa de los indios iniciándolos en los sublimes misterios de la Religión del Divino Crucificado; ésa que manda perdonar a los que nos hacen mal y orar por los que nos calumnian y persiguen.

Mucho se ha discutido en Hispano América sobre la administración y gobierno de España.

en sus antiguas colonias. Y si es cierto que los métodos comerciales de la Casa de Contratación de Sevilla no eran precisamente los más apropiados para el fomento de las colonias, y que en veces vinieron gobernantes ineptos e incomprensivos, no es menos cierto que así en Perú como en Nueva Granada, en Méjico como en Buenos Aires, hubo presidentes, oidores y virreyes que fueron verdaderos hombres de Estado, que nos dejaron mucho de lo mejor que todavía tenemos: templos, colegios, bibliotecas, observatorios astronómicos, caminos, puentes, etc.

Con la aurora del siglo XIX el cuadrante del tiempo marcó para las naciones de la América Hispana la hora de su liberación e independencia. Y tras rudo y sangriento batallar las hijas se separaron de la Madre. No creo inoportuno, señores, el evocar, en este día clásico de la Raza, el recuerdo de nuestra gloriosa epopeya. Porque nuestra guerra de emancipación no lo fué de nación contra nación, ni siquiera lucha o choque de razas y castas enemigas; de negros o indios contra blancos, sino una verdadera guerra civil entre españoles, de los hijos nacidos en América, contra los padres peninsulares. Bolívar, Nariño, Santander, Miranda, San Martín, Belgrano, Iturbide, eran hijos o nietos de puros españoles.

Los vencedores de Napoleón, los héroes de Bailén y Zaragoza, fueron vencidos por los de su misma raza en Boyacá y Junín, en Maipú y Chacabuco.

No podía ser de otra manera que Bolívar y San Martín combatían aquí por lo mismo que habían luchado allá Castaños y Palafox; por la diosa LIBERTAD.

Más esos años del rudo batallar pasaron para no volver, y hoy la Madre y sus hijas de aquende los mares, reconciliadas ya en estrecho abrazo, celebran juntas la Fiesta de todas ellas.

Bien haya, pues, la Academia Antioqueña de la Historia, que de años atrás labora incansablemente porque se celebre con esplendor esta Fiesta de la Raza, y porque se estudien y escudriñen las fuentes de nuestra historia.

Ella ha comprendido lo sabio y profundo del viejo apotegma latino: *FIDES PRETERITI, SPES FUTURI*. La fe, el culto del pasado, constituye la mejor esperanza del porvenir. Los pueblos más celosos de su pasado y de sus tradiciones, son al mismo tiempo los más civilizados y progresistas.

Que nuestra juventud estudie cada día mejor a España, en su literatura incomparable desde la época de Jorge Manrique y el Marqués de Santillana hasta la actual de Benavente y Valle Inclán; que vaya a estudiar sus monumentos desde los de arte morisco hasta los del más puro estilo gótico; que se instruya en sus museos de pintura y escultura donde reina el más gran pintor quizá de todas las edades: el enorme *VELÁSQUEZ*. Que aprendamos de España a mantener incólumes las características de nuestra raza; la nobleza, la hidalguía, el desinterés, el amor a la gloria, el ansia de ideal.

Saludemos a la noble y vieja Hesperia; *Salve Magna p̄rens, MAGNA VIRUM!!* Salve gran Madre de varones eximios!!

Cincuenta millones de hombres libres que vivimos de este lado del Atlántico; que adoramos a tu Dios en la lengua de Cervantes y Santa Teresa; que somos carne de tu carne y hueso de tus huesos, te aclamamos nuestra Madre.

Seguros de nuestro porvenir, resueltos a no sufrir más ciertas hegemonías, marchamos unidos y compactos. El triunfo será nuestro: como que al frente de nuestras legiones van tus tres grandes paladines: D. Pelayo, D. Rodrigo Díaz de Vivar y el sublime Sr. D. Quijote.

Permitidme, Sr. Presidente, que antes de terminar salude alborozado la presencia entre nosotros del Sr. Dublé Urrutia, distinguido Representante de Chile en Colombia.

Nuestra hermana del Sur está poblada por una raza viril que ilustraron las hazañas de Cau-policán y Lautaro, y desciende, como nosotros los antioqueños, de robustos y sanos montañeses vascos. Qué interesante y digna de estudio es para nosotros la historia política de Chile, que terminada apenas su guerra de emancipación, logra, dirigida por el genio de Portales, sentar sobre bases seguras la libertad y el orden.

Sus grandes Presidentes: los Montt, los Pérez, los Domingos Santamarías, flemáticos, reservados, de visión clara y penetrante de las realidades del futuro, le han merecido con justicia el título de Inglaterra de Sur América.

Y qué decir de sus literatos y poetas desde Vicuña Makena y Sorobabel Rodríguez hasta Gabriela Mistral que es hoy, seguramente, la primera poetiza de América?

La amistad de Chile y de Colombia se hace cada día más estrecha, y en un porvenir no lejano se verá su influencia en los destinos de este Continente.

Sed, pues, el bienvenido, Sr. Ministro, alto y hermoso exponente de la intelectualidad de vuestro País, al seno de nuestras montañas, en donde tanto se ama y quiere a Chile. Vos lo habéis visto ayer, cuando nuestra juventud estudiosa espontáneamente se congregó en la Estación para aclamar y vivir a vuestro País.

Yo que he tenido el alto honor de conocer en el Extranjero a muchos y eminentes chilenos, sé y me consta que Colombia es conocida y amada en las regiones australes; allá a orillas del Mapocho; en las blancas cimas del Aconcagua; en el bello País que alumbra la constelación de la Cruz del Sur.

He concluído.